

Evaluación de los aprendizajes en la universidad

Carola Flores Sardá | flores.cs@pucp.edu.pe

¿Desea saber más acerca de la evaluación?, ¿busca formas para evaluar mejor y de una forma más justa a sus estudiantes?, ¿está dispuesto a asumir el reto que esto implica?

Si su respuesta es afirmativa, este artículo le servirá de guía para iniciar su proceso de mejora o para revisar el sistema que ya viene implementando. Si en cambio está dubitativo, tal vez, este artículo lo motive y cambie de parecer. Léalo e inténtelo.

Introducción:

En el transcurso de la última década, el tema de la evaluación de los aprendizajes ha alcanzado un protagonismo evidente hasta convertirse en uno de los aspectos centrales de discusiones, reflexiones y debates pedagógicos en ámbitos educativos (Santos Guerra 1999; Ahumada 2001; y González Zamora 2001). ¿El motivo? Pocas tareas provocan tantas dudas, y contradicciones y, por lo tanto, retos en los docentes como las relacionadas con la evaluación y las actuaciones o decisiones asociadas a ella (Santos Guerra 1999; Guerra, Pérez y Terragrosa 1995; Morales 2001).

La evaluación es considerada un tema trascendental para la mayoría de profesores de cualquier nivel educativo, dado que les permite no solo monitorear el proceso de aprendizaje de sus alumnos sino también su trabajo como docentes. Sin embargo, dadas las diversas funciones que cumple y las dimensiones que la evaluación puede adoptar, esta no solo concierne a los docentes sino también a los padres de familia, alumnos, autoridades educativas, en fin, a todos los agentes involucrados en el quehacer educativo (R.J. Dietel, J.L. Herman y R.A. Knuth 1991)

Como describe Santos Guerra (1999) en su artículo “20 paradojas de la evaluación del alumnado en la universidad española”, a pesar de la gran importancia que tiene la evaluación, son pocos los docentes que tienen un conocimiento profundo acerca de este tema. Los profesores universitarios, quienes son expertos en un área determinada del conocimiento, no cuentan, en su mayoría, con suficiente capacitación y asesoría en temas de pedagogía y, por lo tanto, suelen presentar mayores dificultades en el momento de planificar y ejecutar la evaluación de su

curso. La forma en que el docente conceptualiza y aplica la evaluación suele tener como base una noción específica del proceso de enseñanza-aprendizaje. Por ello, podemos encontrar diversas aproximaciones acerca de la evaluación que coexisten en una misma institución educativa, a pesar de que, en algunos casos, pueden hasta resultar antagónicas.

Dadas estas limitaciones y la importancia que ejerce, la evaluación se encuentra habitualmente entre los principales temas de capacitación organizados por las instituciones educativas. En dichas charlas, talleres o conversatorios, los docentes, además de conocer la teoría que sustenta la evaluación moderna y de realizar algunos ejercicios prácticos, suelen percatarse de que evaluar no es una tarea sencilla. Los docentes se vuelven conscientes de que un buen sistema de evaluación, efectivo y eficiente, no se puede implementar de un momento a otro, sino que requiere de esfuerzo y de mucha planificación.

Si bien es cierto que un buen sistema de evaluación no se puede improvisar, esto no quiere decir que no se puedan realizar cambios menores en el camino. Existen muchas actividades y pequeñas mejoras que se pueden ir introduciendo y probando antes de crear un sistema de evaluación que satisfaga tanto a alumnos como a docentes. Asimismo, la evaluación debe ser vista como un proceso dinámico, que varía continuamente tanto debido a las exigencias de la sociedad, acerca de lo que espera que los egresados logren, de la institución educativa según los objetivos educativos que se haya planteado, así como de las características de los estudiantes. Este dinamismo implica que el quehacer evaluativo nunca acaba, siempre está sujeto a una mejora continua.

Durante su vida estudiantil, ya como egresado en el campo laboral y tal vez ahora como docente a través de las encuestas a los estudiantes o de las conversaciones con su jefe de departamento o con sus colegas usted ha experimentado ser sujeto de evaluación, en otras palabras, ha sido evaluado.

Asimismo como parte de su labor docente debe también evaluar y calificar, pero en este caso a sus estudiantes. Basándose en ciertas evidencias recogidas decide si aprueban o no el curso, si están capacitados o no para desempeñarse en el campo laboral y ser exitosos. En esta segunda situación ha actuado como evaluador y sus estudiantes como evaluados.

¿Son estas dos situaciones iguales? ¿En qué se diferencia la evaluación que hacemos a nuestros estudiantes de las que ellos nos hacen a nosotros o las que son ejecutadas por el departamento al cual pertenecemos?

¿Qué es evaluación?

La palabra “evaluación” no es un término exclusivo de la pedagogía, sino que lo podemos encontrar en el vocabulario técnico de diferentes disciplinas. Pero entonces, ¿qué diferencias y similitudes existen entre la definición de evaluación general y la de evaluación de aprendizajes?

La evaluación como concepto genérico implica estimar, apreciar y calcular el valor de algo[i]. Es así que podemos hablar de evaluar los daños causados por una inundación, evaluar una propuesta de trabajo, evaluar la dureza de un material, etc. En el área educativa, el tema de evaluación tampoco es sencillo, pues existen diversos tipos y matices. Es común escuchar términos como monitoreo, diagnóstico, acreditación, exámenes, medición del desempeño docente, etc. y todos ellos hacen referencia a algún tipo o aspecto de la evaluación. De igual forma, cuando se habla de evaluación, en la universidad por ejemplo, podemos estar hablando de evaluar a múltiples agentes: alumnos, profesores, la institución educativa en sí, las autoridades educativas, o más bien las metodologías y los currículos de enseñanza de cada Facultad.

Los innumerables debates creados alrededor a la evaluación, su implicancia e influencia sobre los estudiantes, los docentes y sobre la misma institución educativa, así como la mejor forma de implementarla nos evidencian que la evaluación dista mucho de ser un tema consensuado y cerrado. Este artículo pretende, no obstante, mostrar algunos conceptos relacionados con la educación sobre una base constructivista cuyo centro es el estudiante, de tal forma que se pueda manejar un lenguaje común entre los docentes, sin que ello implique aplacar las discusiones que puedan surgir alrededor de este tema.

Asimismo, dada la complejidad del tema y el propósito de estas líneas, este artículo se centrará solo en la evaluación

de aprendizajes, es decir, en la forma de estimar, apreciar y calcular qué tanto y cómo ha aprendido el alumno o grupo de estudiantes de nuestro curso. Parte importante de nuestra labor como docentes. La evaluación de nuestro desempeño docente, del plan de estudios o de la institución educativa en general será abordada en artículos posteriores.

¿Cómo podríamos definir entonces la evaluación de aprendizajes?

Como menciona claramente González (2001) en su artículo “La evaluación del aprendizaje: tendencias y reflexión crítica”, existen diversas definiciones de evaluación como autores y perspectivas sobre el aprendizaje y estas han ido evolucionando a través del tiempo. No obstante, en este artículo, utilizaremos una definición que basada en una perspectiva activa del aprendizaje y de la evaluación donde el centro no es ya solo el docente sino primordialmente el alumno, y los procesos internos y externos que este atraviesa.

La evaluación de los aprendizajes de los estudiantes es un **proceso continuo, dinámico, y sistemático de recojo, análisis e interpretación** de información con respecto al aprendizaje de los estudiantes (Morales 2001).

La evaluación tiene como finalidad reflexionar, emitir juicios de valor y tomar decisiones pertinentes y oportunas para optimizar el aprendizaje. La toma de decisiones propia de la evaluación debe basarse en criterios previamente establecidos, los cuales se obtienen a partir de los objetivos de aprendizaje.

Analicemos más detenidamente cada una de las características de la evaluación descritas en la definición.

- La evaluación es un proceso **continuo**, pues implica una serie de pasos planificados con antelación y dirigidos hacia un objetivo claramente definido. La evaluación es permanente; se da en diversos momentos y no solo al finalizar la enseñanza. Además, como menciona Ahumada (2001), “la evaluación debería ser considerada como un proceso y no como un suceso y constituirse en un MEDIO y nunca en un fin”.

La decisión de cuándo realizar una evaluación no debe ser algo espontáneo, fruto de una situación inesperada o como un castigo. El docente y preferentemente también los estudiantes deberían ser conscientes y conocer con antelación cuándo van a ser evaluados. Además, para poder tener una visión clara, precisa y confiable del proceso de aprendizaje de nuestros alumnos, es necesario aplicar múltiples evaluaciones durante las diferentes etapas del aprendizaje y no solo al final del proceso cuando, en muchos casos, ya es muy tarde para realizar cualquier cambio. Estas evaluaciones se pueden dar a través de los exámenes establecidos como obligatorios por la Facultad

pero también a través de tareas, ejercicios grupales u observaciones realizadas durante las sesiones de clases.

- La evaluación es un proceso **dinámico**, nunca acabo, es cambiante y se encuentra bajo revisión y mejora constantes. Una buena evaluación se debe adecuar a las características y necesidades de las personas y del medio donde se desarrolla. Estas son siempre variables.

Si usted es un docente que enseña el mismo curso varios ciclos, se habrá podido dar cuenta de que si bien los contenidos son los mismos, el grupo de estudiantes que recibe cada periodo no los asimilan de la misma forma. Es probable que durante el tiempo que ha enseñado dicho curso haya hecho cambios a nivel de metodología y materiales de enseñanza, de tal forma que se adapten mejor a las demandas y características del nuevo grupo. La evaluación no es una excepción.

El proceso de evaluación requiere también constante revisión y cambio, no solo entre etapa y etapa sino también durante el proceso en sí. Si bien, en la mayoría de los casos, a inicios del ciclo ya contamos con un sílabo donde figuran el tipo y los momentos de evaluación que vamos a realizar, esto no quiere decir que no se puedan ejecutar ciertos cambios durante el ciclo.

- La evaluación es un proceso **sistemático**, porque se organiza y desarrolla por etapas con objetivos y resultados confiables. Como dijimos en el punto anterior, la evaluación no debe ser fruto de un impulso. Cada acción evaluativa que realicemos debe tener indicadores claros y metas precisas, los cuales se deben relacionar íntimamente con los objetivos del curso. Estos criterios de evaluación deben ser conocidos por los estudiantes a priori, pues el objetivo de la evaluación es medir cuánto han aprendido y no engañarlos o buscar sus errores.
- La evaluación implica un **recojo de información**, el cual se puede realizar a través de múltiples instrumentos, tanto formales (como los exámenes, trabajos escritos, portafolios) como informales (a través de la observación del trabajo en grupo por parte del docente, los comentarios hechos por los estudiantes, etc.).
- La evaluación implica, además, el **análisis e interpretación de la información recogida**; por lo tanto, no basta con tomar exámenes o dejar trabajos escritos con el fin de medir el desempeño de los alumnos; es necesario analizarlos e interpretar la información contenida en ellos. Sin ello, la evaluación se convertiría en un simple cúmulo de papeles, cifras y palabras sin sentido.

¿Para qué sirve la evaluación? ¿Cuáles son sus funciones?

Al definir la evaluación, mencionamos también sus funciones, señalando que la evaluación nos permite “**reflexionar, emitir juicios de valor y tomar decisiones** pertinentes y oportunas para optimizar el aprendizaje” de los estudiantes (González 2000).

Para entender mejor a qué se refieren estos términos, analicemos una a una estas funciones generales de la evaluación.

- La evaluación nos permite **reflexionar**: Usualmente, cuando pensamos en evaluación visualizamos un examen y una nota, aprobatoria o un jalado. No obstante, la evaluación debe permitir al estudiante reflexionar sobre su propio proceso de aprendizaje y ser capaz de detectar sus puntos fuertes y aquellos que requieren mejorar. El profesor debe guiar a los estudiantes en la elección de la mejor estrategia para superar sus dificultades y potencializar sus fortalezas. Por otro lado, la evaluación de los aprendizajes de los estudiantes puede permitir al docente reflexionar acerca de su propio desempeño y sobre la efectividad de las estrategias de enseñanza y evaluación que está aplicando. Por ejemplo, si vemos que, luego de una práctica calificada o de una tarea, la mayoría de los estudiantes ha cometido el mismo error, podríamos concluir que este contenido no les ha quedado claro, que se debe reforzar o aclarar dicho punto y utilizar otra metodología para desarrollarlo en el futuro.
- La evaluación consiste en emitir un **juicio de valor** (N. Reátegui, M. Arakaki y C. Flores 2001). Este “juicio de valor” puede ser una nota numérica o alfabética, una posición en alguna escala de valor, un aprobado o un repitente. No obstante, este juicio también puede implicar una opinión o un comentario cualitativo respecto del desempeño del estudiante. Un aspecto sumamente importante respecto de este juicio de valor es que debe ser “razonable”. En otras palabras, el valor que se le da al desempeño del estudiante a través de una nota o un comentario debe basarse en unos parámetros (indicadores) lógicos y estos deber ser lo más objetivos posibles, de tal forma que la calificación sea justa y válida.
- La evaluación implica una **toma de decisiones** (Ahumada 2001). Si bien es importante recolectar la información pertinente para su posterior análisis e interpretación, no valdría de nada si no se hace algo con ella. Las decisiones que se toman pueden ser de diversa índole dependiendo del objetivo que uno se haya planteado y del agente que tome la decisión. La decisión más común por la que opta el profesor es si un estudiante pasa o no el curso, o si aprueba o no el examen; sin embargo, también puede elegir

cambiar su estrategia de enseñanza, repetir un capítulo o no detenerse mucho en un tema específico. Los estudiantes, por su parte, también pueden tomar decisiones frente a los resultados de sus evaluaciones. En el proceso de aprendizaje, los alumnos pueden asumir otras medidas, como por ejemplo, aplicar otra estrategia de estudio dado el mal resultado del actual, repasar mejor cierto contenido del curso, poner más atención al momento de hacer un cálculo, no olvidar mencionar las referencias al escribir un texto, etc.

En este punto, es importante anotar que cuando nos referimos a evaluación de aprendizajes no solo hablamos de evaluación y medición de contenidos conceptuales sino también de actitudes y procedimientos, todos ellos integrados en forma de competencias. No todos los cursos o temas ponen el mismo énfasis en los 3 tipos de contenidos, a pesar de que ellos pueden estar incluidos en la programación. Es así que un curso de los primeros años de la carrera puede tender a ser más conceptual que procedimental o actitudinal, dado que su objetivo es presentar a los estudiantes una serie de conceptos e ideas generales que les van a ser útiles en etapas posteriores. Empero, ya en especialidad, en los últimos años de la universidad, los cursos suelen centrarse más en el desarrollo y perfeccionamiento de habilidades (procedimientos) y el aprendizaje de nuevos conceptos puede ser más bien limitado.

Ahora ya tenemos claro qué es evaluación y cuáles son sus funciones, así como lo que implica la evaluación de aprendizajes, tarea importante de nuestra labor como docentes. Sin embargo, para tener una comprensión más cabal de este tema, es necesario aclarar también otros puntos como el qué evaluar, cuándo hacerlo y cómo. A continuación, trataremos de absolver estas dudas.

¿Qué más debo saber acerca de la evaluación?

Como hemos señalado en párrafos anteriores, el tema de la evaluación es vasto. En las líneas siguientes, introduciremos algunas ideas básicas, las cuales se irán ampliando en publicaciones posteriores.

Antes de plantear un sistema de evaluación, es importante tener claras las respuestas a las siguientes preguntas: ¿por qué y qué debo evaluar?, ¿cuándo debo evaluar? y ¿cómo voy a evaluar?

A continuación, desarrollemos cada una de estas preguntas.

¿Por qué y qué evaluar?

Esta pregunta hace referencia a las razones para evaluar y a los contenidos que se desea medir. Las razones para evaluar pueden ser diversas: determinar qué tanto conocen los estudiantes un tema antes de desarrollarlo en clase, supervisar el proceso de aprendizaje de los estudiantes con el fin de detectar irregularidades y corregir

las antes de que la actividad finalice, o tal vez medir qué tanto han aprendido los estudiantes luego de un periodo de instrucción.

En el primer ejemplo, estamos haciendo mención a una **evaluación diagnóstica o inicial** cuyo objetivo es determinar y conocer el punto de inicio de los estudiantes acerca de un conocimiento o habilidad determinado. La información obtenida nos permitirá planificar mejor la enseñanza y nos puede servir como línea base o punto de referencia para medir y comparar el progreso de los estudiantes. Asimismo, como menciona González (2000), “la evaluación inicial debe explorar también las posibilidades, vías y direcciones de cambio” que ayudarán a planificar la enseñanza.

La segunda situación, en cambio, ilustra la **evaluación de tipo formativa**. Este tipo de evaluación se suele realizar durante el proceso de aprendizaje de los estudiantes, es continua y progresiva, y busca detectar, in situ, las dificultades que los estudiantes están afrontando. Además, nos puede proporcionar una idea bastante clara sobre los posibles resultados que nuestros alumnos pueden alcanzar al finalizar el proceso. Este tipo de información facilita la introducción de cambios en el camino para orientar a los estudiantes en el proceso de aprendizaje y no esperar hasta el final del tema, ciclo o curso cuando ya no hay mucho por hacer.

Como señala Delgado García (2005), “El sistema de evaluación continua (formativa), presenta, sin duda alguna, ventajas tanto para el estudiante como para el profesor. En efecto, aquellos estudiantes que participan en la evaluación continua tienen mayores garantías de superar la asignatura que el resto: en primer lugar, porque han asimilado de forma gradual los contenidos más importantes de la materia y porque han desarrollado también de forma gradual las competencias de la asignatura; en segundo lugar, porque conocen la forma de evaluar del profesor, saben qué es lo que más valora el profesor de las respuestas y cómo lo valora. En tercer lugar, el estudiante recibe información sobre su propio ritmo de aprendizaje, es capaz de rectificar los errores que ha ido cometiendo, para encontrarse en condiciones de reorientar su aprendizaje y, en definitiva, implicarse de forma más motivada en su propio proceso de aprendizaje. Y, en último lugar, la evaluación continua ha de servir de preparación a los estudiantes de cara a la prueba final de evaluación, ya que, por coherencia, el examen final tendrá la misma estructura que las actividades propuestas a lo largo de todo el curso”.

La tercera situación ejemplifica la **evaluación sumativa**. Esta modalidad de evaluación se realiza, en la mayoría de los casos, al final de un proceso que puede ser un tema, un capítulo, un curso, etc. Esta medición nos permite determinar cuánto y qué tan bien el estudiante ha aprendido y, a partir de ello, tomar decisiones de tipo clasificatorio y cuantitativo (un alumno aprueba o no el curso, el tema lo han comprendido el 80% de la clase, la mayoría de estudiantes son capaces de plantear un plan de investigación, etc.).

Los puntajes que se derivan de las valoraciones sumativas se deben utilizar para informar sobre los niveles de logro en los casos en que los maestros estén evaluando los productos del desempeño del estudiante. La mayoría de docentes aplica únicamente este tipo de evaluación y es comúnmente llamada evaluación de tipo tradicional.

Importante

Los puntajes o calificaciones que se derivan de las valoraciones formativas o diagnósticas no se deben usar para reportar sobre los niveles de logro durante el curso de un nuevo aprendizaje; deben emplearse sí para identificar el punto en el cual se encontraban los estudiantes al comenzar ese aprendizaje con el objeto de poderlos guiar hacia el alcance de un mayor desarrollo. Estos puntajes deben ser empleados para informar o para demostrar progreso durante un período de tiempo. Las evaluaciones formativas pueden utilizarse para reflejar el compromiso que el alumno tiene con la tarea y no solo para medir el nivel de logro del alumno con referencia a los contenidos conceptuales y procedimentales.

¿Cuándo debo evaluar?

Como hemos señalado en la definición, la evaluación es un proceso continuo y no se le debe ubicar en un solo punto en el proceso de aprendizaje y enseñanza. Sin embargo, de acuerdo con el momento (temporalización) en que se administre un tipo de evaluación esta se puede clasificar en antes, durante y después (Morales 2001).

Antes: El profesor puede evaluar a los estudiantes antes de impartir cualquier tipo de instrucción con el fin de determinar los conocimientos o habilidades previas que estos poseen. Este tipo de medición suele cumplir una función diagnóstica.

Durante (continua, procesual, sucesiva o formativa): En el transcurso del proceso de enseñanza, pueden realizarse múltiples mediciones y suelen cumplir un papel formativo. Si bien es necesario ejecutar varias mediciones, no es necesario, y en ciertas ocasiones no es aconsejable, que estas se realicen en cada clase o sesión de aprendizaje. El docente debe planificar y ejecutar las evaluaciones que sea capaz de corregir y entregar a tiempo, de tal forma que sirvan de retroalimentación para los alumnos. El fin no es llenarse de papeles y números que luego el docente no pueda manejar y sea motivo de estrés tanto para él/ella como para los estudiantes.

Después (final y diferida): Al finalizar el proceso de enseñanza, el docente debe recoger información acerca del desempeño del estudiante que le permita tomar decisiones, especialmente de tipo selectivo. Este correspondería a la función sumativa de la evaluación.

Es importante resaltar que esta clasificación es relativa a la magnitud del proceso de aprendizaje del que se esté analizando. Es decir, si se considera el desarrollo de un tema como un proceso de aprendizaje, entonces, las preguntas introductorias que el docente hace antes de empezar a desarrollar la clase pueden ser consideradas como una evaluación de tipo diagnóstica (antes). De igual modo, los controles o pequeños trabajos referidos a ese tema pueden ser evaluaciones formativas-durante, y el examen parcial como una medición sumativa-final, pues se realizan luego de dada la instrucción sobre dicha temática.

Si, en cambio, tomamos como un proceso de aprendizaje todo el curso, los controles, trabajos y examen de medio ciclo pueden ser considerados como evaluaciones formativas y solo el examen final como sumativa. Esto teniendo en cuenta que el examen final no sea cancelatorio, sino que incluya todo lo desarrollado en el curso.

¿Cómo voy a evaluar?

Esta pregunta hace alusión a los métodos e instrumentos de evaluación que utilizamos para recabar información acerca del proceso de aprendizaje y desempeño de los estudiantes. Para ello, existen múltiples y muy variados instrumentos que van desde el tradicional examen escrito hasta los métodos más modernos como el portafolio o la evaluación de desempeño.

Como bien señala González (2000), ante este “arsenal” de instrumentos y procedimientos de evaluación es complicado seleccionar cuál utilizar. A tal efecto, es necesario tener en cuenta que en la decisión de cómo evaluar intervienen diversos y numerosos aspectos, entre los que se encuentran los siguientes:

- Los objetivos o finalidades de la evaluación que se quiere realizar
- El objeto de evaluación y sus atributos, teniendo en cuenta la importancia de una evaluación integral, donde se garantice la unidad de lo afectivo y cognitivo como principio de la formación
- Las fases o momentos del proceso de enseñanza aprendizaje, sus formas y métodos
- Las posibilidades o potencialidad de cada instrumento y procedimiento (y la combinación de los mismos) para ofrecer la información requerida sobre el o los atributos del objeto de evaluación y para conformar un juicio evaluativo
- Las condiciones sociales, físicas, de disponibilidad de recursos, de preparación de los profesores y otras, en las que se realiza la evaluación

A su vez, Eisner (1993)[ii] plantea algunos principios a tomar en cuenta al momento de seleccionar los instrumentos de evaluación que vayamos a utilizar. Para él las técnicas de evaluación deben:

- Reflejar las necesidades del mundo real, centrándose en las habilidades de orden superior como la resolución de problemas y de la construcción de significado y no la simple memorización de contenidos
- Mostrar cómo los estudiantes resuelven problemas y no únicamente atender al producto final de una tarea. El razonamiento o proceso seguido nos evidencia la habilidad del estudiante para transferir aprendizaje a otros contextos
- No solo limitarse a mostrar la ejecución individual, ya que la vida profesional requiere que los estudiantes desarrollen la habilidad de trabajo en equipo
- Permitir contar con más de una manera de hacer las cosas, ya que las situaciones de la vida real raramente tienen solamente una alternativa correcta
- Promover la transferencia. Presentar situaciones que requieran para su resolución el uso de las herramientas de aprendizaje y no solo conocimientos
- Presentar tareas cuya resolución requiere que los estudiantes comprendan el todo, no solo las partes
- Buscar el compromiso de los estudiantes, mantener su interés y motivarlos a tener un buen desempeño

Un buen instrumento de evaluación puede convertirse en una experiencia de aprendizaje. Pero, más concretamente, es altamente deseable que la valoración ocurra cuando los estudiantes estén trabajando en problemas, proyectos o productos motivadores y desafiantes. Este tipo de ejercicios pueden no ser tan fáciles de diseñar como las respuestas a una pregunta de selección múltiple, pero es mucho más probable que generen o promuevan la manifestación de un repertorio completo de habilidades en el estudiante y produzcan información valiosa para aconsejarlos posteriormente y para poderlos incluir dentro de un rango, esto es, asignarles un puesto determinado dentro del grupo de una clase. [iii]

En este apartado, es necesario recalcar que no se puede evaluar lo que no se ha enseñado o trabajado. Debe existir coherencia entre la metodología utilizada en el curso y los métodos de evaluación seleccionados. Es decir, no sería lógico que el docente exija al estudiante que demuestre una serie de habilidades específicas cuando su curso ha sido básicamente teórico y basado en el análisis de textos. Si bien todo docente desea que su alumno sea capaz de aplicar satisfactoriamente lo aprendido en el contexto real (transferencia), esta habilidad debe ser trabajada en las sesiones de aprendizaje ya sea a través de ejercicios en clase o tareas específicas en grupo o de forma individual. Esto no busca limitar la creatividad del alumno sino, más bien, sentar las bases para que el alumno se sienta libre y seguro para elaborar soluciones innovadoras a los problemas actuales.

[i] Definición de la Real Academia de la Lengua (www.busconrae.es)

[ii] Técnicas alternativas para la evaluación.

En línea: http://redescolar.ilce.edu.mx/redescolar/biblioteca/articulos/htm/tecnicas_evalu.htm

[iii] Howard Gardner, *Multiple Intelligences: The Theory in Practice*, 1993. (Múltiples inteligencias: La Teoría en Práctica).

Referencias

Ahumada, P.

2001 La evaluación en una concepción de aprendizaje significativo. Ediciones universitarias de Valparaíso de la Universidad Católica de Valparaíso.

Alberta Assessment Consortium

La valoración en el salón de clases.
<http://www.eduteka.org/Tema14.php>.

Delgado García, A. (coord.)

2005 Competencias y diseño de la evaluación continua y final en el espacio de la educación superior. Programa de estudios y análisis. Ministerio de Educación y Ciencia. España.

R.J. Dietel, J.L. Herman, and R.A. Knuth

1991 What Does Research Say About Assessment? NCREL, Oak Brook.

González Zamora, H.

2002 La Evaluación, parte fundamental e integral del proceso de aprendizaje. Entrevista realizada por EDUTEKA.
<http://www.eduteka.org/Entrevista14.php>

González, M.

2001 La evaluación del aprendizaje. Tendencias y evaluación crítica. En: Revista Cubana de Educación Media Superior. Vol.15, No.1. Mayo-abril, 2001.

González, M.

2000 Evaluación del aprendizaje en la enseñanza universitaria. Revista Pedagogía Universitaria. 2000. Vol. 5 No. 2

Jorba, J. y Sanmartí, N.

1993 La función pedagógica de la evaluación. En: Aula de Innovación Educativa, No 20, pp. 20-30, noviembre 1993

Morales, J.

2001 La evaluación en el área de educación visual y plástica en la ESO. UAB.

N, Reátegui, M, Arakaki y Flores, C.

2001 El reto de la evaluación. PLANCAD-GTZ-KfM. Ministerio de Educación. Serie Psicología y pedagogía.

Sánchez, M., D., Pérez y J, Torregro-sa

1995 Concepciones docentes sobre la evaluación en la enseñanza de las ciencias. En: Alambique, No 4, pp. 6-15

Santos Guerra, M.

1999 20 paradojas de la evaluación del alumnado en la universidad española. En: Revista Electrónica interuniversitaria de formación del profesorado. 2(1).

Shepard, L.

2006 La evaluación en el aula. En: Educational Measurement (4ª Edición) Editado por Robert L. Brennan. Cap. 7. ACE/ Praeger Westport pp. 623-646.